

Con igual gusto el Evangelio explique
A la nobleza de vistosa corte,
Y al *topil* degradado y al cacique.

Con paciencia á los émulos soporte,
Y escúdelo de lenguas viperinas
Su severa virtud y austero porte.

Sírvanle de escarmiento las rüinas
Do la virtud se hundió de más de un santo,
Y crezca *sicut lilium inter spinas*.

Cuando las penas cérquenlo, su llanto
De la Madre feliz de la Esperanza
Venga á enjugar bajo el celeste manto,

Y en invierno ó verano, ya en bonanza,
Ya en la tormenta, sírvale de guía
De Roma la purísima enseñanza.

Si tales os mostráis, llegará el día
En que no copie, quien medite en viajes,
Los tipos que la audaz sátira mía
Os presentó, de necios personajes.

UN DIA DE GLORIA

O LA

VIRGEN DE LA ESPERANZA.

SOLILOQUIO DEL LIC. TIBSO R. CORDOBA.

El teatro representa una fértil y hermosa campiña á la margen derecha del río Celio que cruza á inmediaciones de Jacona. Sentado en una peña, bajo la sombra de un frondoso sabino, aparece el anciano Néstor, de edad como de 70 años, de blanca y luenga barba, de calva frente, de expresión y dulce fisonomía. Lleva un grueso bastón para apoyarse.

Al comenzar el monólogo, Néstor pone oído atento á los alegres y últimos ecos de una salva de cohetes y repiques que anuncian gran fiesta en la ciudad vecina. El anciano, descubriéndose la cabeza y dejando el sombrero junto á la peña, se levanta y dice después de una ligera pausa:

¡Bendito, Señor Dios, por siempre seas!
¡Con qué magnificencia se engalanan
Los altos cielos que tu gloria dicen,
Y el firmamento que tus obras narra!
De inefable emoción temblando el pecho,
De gratitud y amor henchida el alma,
Deja, Señor, que con mezquina lengua
Dé á tu nombre también tierna alabanza
El hombre que destino tan excelso
Alcanzó de tu mano soberana,

Y por cuya ventura dispusiste
Tanta belleza y maravilla tanta!

Si á los rumores del sonante río
Puede unirse mi voz; si con las auras
Que van á despertar con castos besos
A las aves que oculta la enramada
Y á los lirios que tímidos recogen
De su cáliz purísimo las galas,
Pueden volar mis lánguidos suspiros;
Y si en pos de la alondra, que levanta
Su vuelo y su canción hasta la altura
En tan alegre y plácida alborada,
Pueden llevar al pensamiento mío
De la fe y el amor las fuertes alas;
Acoge mi oración, con la sonrisa
Que de tus hijos los tributos paga,
Con la sonrisa que embelesa al cielo
Y débil copia con su luz el alba.

¡Supremo Autor de la existencia mía,
Que con próspera mano tanto alargas
Y en tantos lustros bondadoso llenas
De inapreciables dones y de gracias;
Te adoro, Padre mío, y reconozco
Tu gloria excelsa y perfecciones santas,
Tu singular amor y tu ternura!
Y porque á tus solícitas miradas
No hay tributo mayor que darte pueda
Quien lleva tu divina semejanza,
Que el corazón donde el amor reside,
El pobre anciano el suyo te consagra,
Y tú le aceptarás, porque le ofrece
De gratitud entre copiosas lágrimas
Por las manos purísimas y bellas
De la Madre más tierna y más amada

De tu divino corazón! . . . ¡Oh Virgen
Resplandeciente Estrella de Esperanza! . . .

Néstor no puede dominar su emoción: se sienta de nuevo en la
peña para recobrarle: está durante un rato pensativo; luego torna á
ponerse en pie, enjugándose las lágrimas, y prorrumpe:

¡Esperanza! . . . ¡Qué nombre! ¡qué recuerdos
En este instante vienen á mi alma
En los alegres ecos rumorosos
De esa tierra bendita que proclama
El regocijo inmenso que la anima
Y la ventura que esperó con ansia!

Pero ¿es un sueño? . . . ¿A mis cansados días
Tamaña dicha el cielo reservaba?
¿De dónde tanta gloria y tal consuelo
Y tal tesoro á mi Jacona amada? . . .

Mas no! . . . no es ilusión. . . la voz sonora
Se oye de las dulcisonas campanas
Que al pueblo de mis padres, á la cuna
Do abrí los ojos á la lumbre clara
Por la primera vez; y al suelo hermoso
Que eligióse la Virgen por morada,
Y al mundo todo, en fin, que al Cristo adora,
Dice de tanto júbilo la causa,
Y de la Reina incomparable y fuerte
El nuevo triunfo espléndido declara;
De la Madre de Dios y Madre Nuestra
De la siempre feliz é Inmaculada! . . .

¿Qué voz dirá la inenarrable dicha
Del gran Pastor que de la Virgen santa
Viene á ceñir purísimas las sienes
Con la corona que la fe le manda,
Y el amor de ese pueblo que la mira
Cual astro bienhechor de su esperanza?

¡El gran Pastor! . . . el generoso amigo
Con quien las horas de mi dulce infancia
Ledas corrieron en los campos verdes
Y del hogar en la apacible estancia,
Cual de Jacona las templadas brisas,
Como del Duero las tranquilas aguas!

Nueve lustros ¡oh Dios! de triste ausencia
Su semblante á borrar no, no bastaran
(Cual no bastaron lágrimas ardientes),
Del pecho mio, que con dulces ansias
A cada nueva de los claros triunfos
De las heroicas luchas y desgracias
Del hijo esclarecido de Zamora
Siempre latió, y en firmes esperanzas
Saludó los fulgores de este día
Y el gozo puro que embelesa á el alma.

Aurora de ese júbilo, recuerdo
Que fué el instante aquél en que las aras
Del Sumo Dios de nuestros padres vieran
¡Sublime ceremonia y veneranda!
Al zamorano joven, ornamento
De la de Tagle esclarecida Casa, *
Orgullo del país de Navarrete,
Decoro de la Iglesia michoacana
Y de la heroica patria de Iturbide
Risueña y fecundísima esperanza,
Ofrecer al Señor por vez primera
La víctima de amor pura y sagrada.

Los rayos apacibles de esa aurora
El porvenir de gloria presagiaban
Del virtuoso Ministro del Santuario,
De la corona de las nobles canas

* El Seminario Tridentino de Morelia.

De aquellos padres que benditos fueron
Del tronco suyo en tan ilustre rama.

Cuando á la Virgen, cuyo casto seno
Fué tálamo de Dios, limpio y sin mancha
El joven escogió por clara guía
Y se puso á la sombra de sus alas,
Mística voz que traducir no pueden
El arte, el genio ni la lengua humana,
Dulce cual rica miel, y más suave
Que armonías angélicas, es fama
Que por los aires resonó diciendo:
“¡Dichoso quien su vida me consagra,
Quien busca los aromas de las flores
Que á mi Huerto embellecen y embalsaman,
Quien suspira tan sólo por la gloria
Que mi frente refleja soberana!
¡Grande será su nombre y bendecido
Por cuanto el mundo en su extensión abarca!”

Dejó á muy luego el ardoroso joven
Su dulce hogar y sus campiñas gratas;
Pero al volver los anublados ojos
A las paternas lindes que dejaba:
“¡Acepta, Señor Dios, el sacrificio!
¡Tuyo es mi corazón, oh Virgen Santa!
La frágil quilla á su destino ignoto
Llegue por tí, Lucero de Esperanza!” . . .

Dijo, y con tierna y plácida sonrisa,
La sonrisa del mártir, se adelanta
Por los amenos campos de Zamora
Que va regando el joven con sus lágrimas!

..... (Pausa.)

Después . . . en otro campo más fecundo
Pone Pelagio su segura planta,

Y en él do un tiempo con afán ardiente
De saber y virtud cortó las palmas
Que ornán su frente, cual primer tributo
Del amor á la Virgen de su alma,
Lleva á la juventud porque recoja
Los tesoros también que no se acaban,
Que alumbran á la humana inteligencia
Y que del corazón la dicha labran.

¡Cuál bendice de entonces sus esfuerzos
La Madre celestial de su Esperanza!
¡Cómo publica por doquier sus triunfos
La escogida porción de aquellas aulas
Que da lustre á la Esposa del Cordero
Y á ser llega el decoro de la patria:
De aquellos astros que en radioso curso
Por la esfera cruzaron azulada
Dejando su benéfica influencia
En la ferace tierra michoacana!

De Portugal, y Rivas, y Munguía
Siguió la huella luminosa y clara,
Y su doctrina y generoso ejemplo
Gratos motivos fueron de alabanza.
“Todo para la Virgen, se decía;
Todo para esa luz de mi Esperanza,
Todo para ese Rey, bendito fruto
De sus santas purísimas entrañas!”
Y ¿qué sublimes glorias no conquista
Quien lucha con ardor por esa causa?

Así de admiración y gozo llena
Vió aquella edad, por que suspira el alma
Que el fiel amigo de la infancia mía
Nueva espléndida gloria conquistaba.
Eran los días en que el mundo absorto
Saludaba á la Reina Inmaculada

Cuando su felicísima victoria
El inmortal Pontífice cantaba.
¡Qué santa inspiración, qué noble impulso
De Pedro al sucesor fuerte agitara
Que así eligió de entre el cristiano pueblo
Que con cariño paternal amaba
Al Hijo de Zamora, porque fuera
El Pastor de una grey que le es tan cara
A la Madre de Dios? Lo sabe el cielo
Que al nuevo ilustre príncipe exaltaba
Y á misterioso y superior destino
Quiere llevar su combatida barca
Entre las sirtes que al piloto asustan
Y entre las olas de la mar hinchada.

¡Glorioso padecer! ¡Lucha sublime
En que las almas grandes se levantan
Por el aliento y esplendor del Verbo
Como en nuevo Tabor transfiguradas!
Acá los hijos de la patria, y fieles
Hijos también del Cristo, y de la Santa
Virgen Madre de amor, ¡en qué congojas
Y en qué océano de lágrimas amargas
Sumergidos quedaron, cuando el cielo
Tan lejos ¡ay! llevóse su esperanza! . . .

Siete veces de frutos y de flores
Cubrióse el suelo de la hermosa patria,
Sin que la nave rápida trajera
A quien dejando sus risueñas playas,
Fué á las orillas del undoso Tíbre
A aumentar la corriente con sus lágrimas! . . .

Pero entonces también, cual otro tiempo,
Volvió Pelagio al cielo su mirada
Y exclamó, recordando su destino:
¡Virgen, cándida luz de mi esperanza!

De aquestas sombras el horror disipa,
Y del proscrito las angustias calma,
Y el nuevo sol contemplaré gozoso
Que ha de alumbrar la tierra de mis ansias! . . .
La Santa Virgen escuchó amorosa
Del Pastor la tiernísima plegaria;
Y México le vió de mayor brillo
Su ungida y noble frente coronada,
Volver un día á su querido suelo
Trayendo, mensajero de esperanza,
De dichas y de paz la grata nueva
Que reanimó la moribunda patria.

A regir, cual un tiempo, no venía
A la piadosa grey que tanto amaba
Y que en llanto de gozo y de tristeza,
En su seno al mirarle, se desata;
Mas la Puebla, adorando los decretos
De aquella augusta Providencia sabia,
Con santa envidia celebró la dicha
Que la ilustre Metrópoli ganara.

Pero ¡ay! cuán presto las alegres horas
Y los consuelos en el mundo pasan;
Y ¡cuál como los sueños se disipan
Las más firmes y bellas esperanzas!

De nueva tempestad las iras negras
La navecilla horrisonas contrastan,
Y á mayores peligros y congojas,
A tremendas é insólitas desgracias
Arrojan al piloto, y con hundirle
En el piélago hirviente le amenazan!

No: que la Estrella que alumbró su vida
De nuevo al puerto llévale que guarda
Para su corazón ricos tesoros
Y tan gratos consuelos á su alma.

Allá en la tierra por la sangre pura
De los atletas de Jesús regada,
Donde nacen, y crecen, y se cortan
Por la fe y el amor gloriosas palmas;
Allá le espera con abiertos brazos
Y paternales cariñosas ansias
Aquel Pío felice, el mártir noble,
Que sonriendo apura las amargas
Heces de su dolor, y con su aliento
Le hace tornar al cielo las miradas!

No en vano el Hijo de Zamora ilustre
Aprende en esa escuela soberana
A presentar el esforzado pecho
En los combates de la Cruz sagrada.

Si la luz de su clara inteligencia
Con el choque aumentó de la desgracia;
Si á más experta dirección la mano
Del gran piloto viérase entregada
Recorriendo los mares anchurosos
Y de otras tierras las remotas playas;
Aun faltaba á su espíritu alto ejemplo
Que de su fe templara la coraza,
Y era el sublime ejemplo que dió al mundo
El egregio Pontífice Monarca
Y la solemne voz que por los muros
Resonó de la estancia Vaticana.

Allí, más grande que las grandes tumbas
De los Egipcios reyes que admirara
Pelagio un tiempo, contempló el sepulcro
Del Santo Pescador, y al punto el alma
Al cielo levantó do su destino
Con letras de diamante escrito estaba.

“Gracias, clamó, con sollozantes voces:
¡Gracias, Señor; y á tí, Virgen sagrada,

Estrella de los mares de mi vida,
Iris encantador de mi esperanza!"
Y volvió luego más glorioso y fuerte
Al gran combate de su dulce patria!

.....(Pausa.)

¿Verá por fin la espléndida victoria?
¡Ah! que la encina cuya copa alzada
Los huracanes desafió, y abrigo
A muchos fuera de inclemencias tantas,
Próxima está á caer, y ¡oh Dios! con ella
Cuántas ricas y dulces esperanzas!

Pero antes. . . ¿qué ventura le concede
La Madre del amor? qué gloria iguala
A la soñada gloria que hoy celebra,
De júbilo indecible enajenada
La tierra que saluda su venida
Con tan ardientes víctores y hosanas?

¡Bendito el gran Pontífice, que el voto
De Jacona escuchó, y en tí nos manda
Al Heraldó más digno que publique
La nueva gloria de la Virgen Santa,
Esta gloria que á México enaltece
Cual otra gloria enalteció á la Francia!

¡Y tú, Madre de amor, bendita seas!
De la corona que en tus sienes castas
Va á colocar el Hijo predilecto
A quien proteges con ternura tanta,
Los rayos apacibles haz que alumbren
Al suelo de mis padres, que te aclama
Por Reina celestial de sus destinos,
Por Lucero feliz de su esperanza!

(Se adelanta á tomar el sombrero, y al retirarse de la escena,
exclama con voz más conmovida).

¡La mía está cumplida! ¡Dios eterno,
Que así consuelas mi vejez cansada!
Cortar puedes el hilo de mi vida
Cuando á tu augusta Providencia plazca,
Después que el gozo singular me otorgues
De abrazar al amigo de mi infancia!

(Váse, y cae el telón.)